

Dos dilemas: ¿cuál es el lugar de la experiencia? ¿qué hace a una vida floreciente?

En este capítulo nos encontramos con un caso que el mismo autor considera inusual: la recuperación de la facultad de ver por un adulto que ha pasado la mayor parte de su vida sin utilizar este sentido. Como he anotado en el título de este texto puedo considerar que este caso, además de acercarnos de nuevo a los dramas de una vida humana y las dificultades de las elecciones, se puede analizar desde dos nodos: por un lado, la discusión sobre qué significa poder usar una facultad sensorial; por otro lado, la eterna pregunta sobre las posibilidades de una vida floreciente y su debate entre lo normal y lo patológico. Mi consideración es que, del primer dilema, siguiendo la narración de Sacks, se llegará a una visión clara (permitiéndome este guiño metafórico) que muestra la complejidad del uso de una facultad. Del segundo, seguimos en penumbras y el caso de Virgil, como sus propios ojos, no nos deja tener una respuesta luminosa. Para analizar el caso dividiré la reflexión en tres momentos: primero, presentación de Virgil; segundo, consideraciones sobre órgano y facultad; tercero, el problema de la vida floreciente.

1. Virgil y el drama de una vida que *parece* no ser acogida por la fortuna

Virgil es un hombre de cincuenta años, ciego casi desde el nacimiento a causa de unas gruesas cataratas y una retinitis pigmentosa. Cuando tenía tres años se puso gravemente enfermo de una triple enfermedad: una meningitis o meningoencefalitis (inflamación del cerebro y sus membranas), polio y una infección provocada por arañazos de gato, nos comenta Sacks. A causa de lo anterior, tuvo convulsiones y estuvo dos semanas en coma quedando casi ciego, anota el autor que esta grave enfermedad le había causado a Virgil una pérdida de su curiosidad y que jamás volvió a ser el niño que era.

Pero esto no fue todo, a los seis años comienzan a aparecer las cataratas en ambos ojos y lo envían a un colegio para ciegos. Aprendió a leer braille y a usar el bastón, pero estas nuevas competencias no afectaron su pasividad, antes bien ésta se mantuvo. Pese a esta particular situación, Virgil terminó sus estudios y como fisioterapeuta construyó su vida en otra ciudad, trabajando con la asociación de jóvenes cristianos vivía de manera

independiente en una casa que la misma asociación le dio cerca al trabajo. Su vida era adecuada y normal, tenía muchos clientes, era apreciado, tenía amigos y se valía por sí mismo. Es decir, Virgil tenía su identidad, su vida, incluso, una vida satisfactoria con espacio para los hobbies pues era amante del beisbol. Afirma Sacks: “Una vida limitada, pero estable a su manera” (93). Aunque cabe preguntarse qué sería lo limitada de esta vida porque, con lo que se ha contado, parece la vida de cualquier sujeto de su edad, como muchos de nosotros.

Virgil comienza una relación con una mujer llamada Amy, de una vida diferente, que igual había terminado en un trabajo similar en la misma ciudad, se habían conocido en una exposición de gatos, cabe la duda de qué hacia Virgil en una exposición de gatos y durante veinte años no supieron nada el uno del otro hasta que se contactaron por teléfono. Ya con Amy como prometida aparece la opción de operarse las cataratas. Esa vida que había Virgil construida le pareció monótona y vegetativa a Amy: “Ella debió de pensar que el recuperar la vista, junto con el matrimonio, le sacarían de esa existencia de solterón indolente y les proporcionaría a ambos una nueva vida” (93).

2. Órgano, estímulo y experiencia:

Ante la posibilidad de poder ver aparecía el dicho popular de “no había nada que perder y mucho que ganar”. Sobre la decisión de la operación se nos presenta un momento curioso: mientras Amy considera que las posibilidades de una vida excitante eran superiores a cualquier riesgo derivado de la cirugía, la mamá de Virgil consideraba que él estaba bien así y no debería someterse a la operación. Por su parte, Virgil, sorpresivamente, parecía completamente pasivo y dispuesto a aceptar cualquiera de las dos decisiones, que para cualquier observador externo parecen completamente contradictorias y una apuesta superior sobre la vida misma.

Ahora bien, la posición de Amy gana y la operación parece ser un éxito: Virgil por primera vez en cuarenta años puede ver. Como se anota en el diario de la prometida, uno de los documentos a los que Sacks recurre para reconstruir el caso, al siguiente día a Virgil le cuesta confiar en su visión, como también adaptarse a esta nueva manera de percibir el mundo, Amy escribe que es como un bebé que debe de nuevo reaprender qué es y como habitar el mundo.

La posibilidad de la recuperación de la vista por parte de un adulto ciego, ya sea de nacimiento o que perdió la vista a muy temprana edad, es un acontecimiento raro e incluso excitante para el estudio de lo que significa ser un ser humano; en efecto, esta excitación se evidencia también en Sacks y su deseo de poder experimentar con un caso poco documentado. Tenemos narraciones, propias del sentido común, que afirmarían que al devolverle a alguien el funcionamiento del órgano de visión implicaría inmediatamente devolver la capacidad de ver y que, como un velo que se quita, sería posible que el antes ciego se quitara su penumbra reintegrándose inmediatamente a la comunidad de los sujetos que usan su sentido visual como imperante. O, tal vez, diferente a esta lectura milagrosa, la recuperación de la visión necesita la experiencia, es decir, un aprender a ver. En efecto, los que nacemos con todos nuestros sentidos no podemos reconocer la incompreensión de estos primeros momentos que experimentan los que recuperan la visión en la edad adulta; pues, desde toda la vida los sujetos con todos sus sentidos van construyendo esa experiencia compartida, que va a asociando la información de los diferentes sentidos: “el mundo no se nos da: construimos nuestro mundo a través de una incesante experiencia, categorización, memoria y reconexión” (94). Virgil, en cambio, carecía de esta experiencia y no podía dar significado a aquello que percibía, que llegaba a sus ojos de manera casi dolorosa y violenta.

Por lo tanto, la idea de ver no era tan simple como reparar el órgano y que, de repente, al entrar la luz todo se vuelva claro al alrededor. No era un proceso simple. El experimento mental de los empiristas permitía ilustrar el abismo que implicaba esa reconstrucción del mundo entre lo visual y lo táctil: «Imagina a un hombre ciego de nacimiento, y ahora adulto, al que se ha enseñado a distinguir mediante el tacto un cubo de una esfera. Ahora puede ver, ¿pero podría distinguir mediante la vista, antes de tocarlos, ¿cuál es la esfera y cuál el cubo?» (91). Tanto Locke como Berkeley consideraban que la respuesta es no. Existe una discontinuidad entre el mundo del tacto y el mundo de la vista que sólo puede superarse a partir de la experiencia que nos hace unir uno con otro. La mayoría de los pacientes que recuperan la visión en edad adulta experimentan la confusión de dos mundos que tenían que comenzar a unir y comprender.

Tanto Amy, como Virgil y Sacks llegarían a esta conclusión. Sacks refiere constantemente a estudios que retoman el mismo caso, uno importante es el del psicólogo R. Gregory y el paciente S.B. que accidentalmente quedó ciego desde la infancia y recibió

un trasplante de córnea en sus cincuentas; otro el caso de Valvo y el paciente H.S. que había perdido la visión a los 15 años y la recuperó a los veintidós años.

¿Qué pasó apenas le quitaron las vendas a Virgil? Él río. ¿Qué significaba esa risa, era acaso nerviosa, una mueca incontrolada o la sorpresa ante un mundo nuevo de oportunidades? No lo sabemos, sólo se sabe que río. Parece que era claro que algo vio, pero no era tan claro qué fue aquello que vio. “¿Qué significaba ver para ese hombre que antes no veía? ¿A qué clase de mundo lo habían arrojado?” (91). Parece que no se dio ningún tipo de cambio milagroso, sino al contrario Virgil permaneció inmutable hasta que el cirujano habló y apareció una expresión de reconocimiento. Parecía que la falta de experiencia hacía que, aunque la retina y el nervio óptico respondiera, su cerebro no lo hiciera, es decir, fuera agnóstico. Después de la operación era capaz de ver colores y movimientos, pero no era capaz de reconocer o identificar: “carecía de un campo visual coherente, pues su visión central era pobre, y al ojo le resultaba casi imposible concentrarse en un objeto; lo perdía, realizando movimientos de búsqueda al azar, encontrándolo y volviéndolo a perder” (96)

Uno de los aspectos que recalca Sacks era la falta de espontaneidad en el uso de la visión. Mientras los operados de cataratas, que habían perdido la visión siendo ya adultos, pueden ver sin que les cueste esfuerzo y rápidamente enfocan y entienden las relaciones espaciales. Las personas que pierden la visión de pequeños y la recuperan de adultos no logran desarrollar esta naturalidad del ver, siempre hay algo ficticio o artificial en sus procesos de percepción visual. En efecto, Virgil tenía la vista relativamente recuperada pero el ver no era algo natural en él, todavía tenía muchos de los hábitos de un ciego (96). Tanto así que semanas después de la operación se sentía más inválido de que cuando era ciego, echaba en falta el tacto que le proporcionaba el bastón.

Valvo describía también el miedo y la dificultad de moverse en un mundo espacial que sufrió el paciente H.S. En efecto, cualquiera pensaría que con una vez de experimentar la relación entre lo táctil y lo visual sería suficiente, vería el objeto, lo tocaría y de repente ya conectaría una sensación con la otra. Lastimosamente, el reconocimiento visual es un trabajo más profundo, como notaron Sacks y su compañero al poner a prueba las posibilidades visuales de Virgil. Él podía identificar las letras a partir de su asociación de cuando las había conocido en la escuela para ciegos, lo anterior a partir de una transferencia intermodal. Si bien reconocía las letras no era capaz de leer con sus ojos, se le escapaba la posibilidad de unir esas unidades individuales para crear el todo de una

palabra. Lo mismo pasaba con el gato: veía una pata, una oreja, pero la totalidad era difícil de sintetizar. Como anotaría Amy en su diario Virgil necesitaría un poco más de un mes para poder ensamblar el árbol. Retomando a Valvo, cita Sacks: “En este caso, la verdadera dificultad es que la percepción simultánea de los objetos es algo insólito para aquellos que están habituados a la percepción secuencial a través del tacto” (100). El poder volver a ver puede ser una experiencia hasta violenta, agotadora, chocante. Las dudas que generaba el caso de Virgil eran sobre qué realmente percibía, a qué se debían sus dificultades, de hecho, qué significaba cuando él decía que veía algo y, finalmente, si las dificultades que tenía obedecían a un daño cerebral o a la atrofia causada por el no uso y si sería posible llegar a una evolución.

La idea del espacio se vuelve incomprensible para aquellos que sin visión han construido un mundo a partir del tiempo. Un mundo construido a partir de sonidos, olores y tacto es un mundo que se va moviendo en el tiempo, donde algo aparece y desaparece a partir de estas manifestaciones sonoras o táctiles. Algo determinado por la comparecencia en el espacio, donde todo se compone de una vez, está el árbol, al lado de la casa, la montaña atrás y una mujer al frente, todo junto, no parece posible a la experiencia de mundo de los sujetos ciegos. Incluso, aún más impactante en la comprensión del desarrollo de la experiencia, los humanos que pierden la vista a una edad mayor van perdiendo la comprensión de lo visual y el espacio.

A Virgil le era fácil clasificar las figuras, los objetos sólidos eran más difíciles por su continua variación de perspectiva. Incluso, la ubicación en su casa le costaba y si no fuera por una guía sencilla se hubiese perdido completamente en el hogar. Gran parte de sus primeros meses después de la cirugía fueron dedicados a reconstruir visualmente un mundo táctil, que antes le era completamente propio y ahora ante la vista no entendía, en efecto hasta utilizaba miniaturas que podía tocar con el deseo de hacer más conocido aquello que veía. Exagerada dificultad tenía la identificación de representaciones pictóricas, cuestión común en este tipo de casos donde los sujetos no son capaces de comprender qué es representar y entender cómo en una imagen de dos dimensiones se pueden plasmar objetos tridimensionales.

La experiencia del Zoo mostró de manera más evidente las dificultades que sufría este nuevo vidente en el mundo al que quería entrar. Los animales le parecían imposibles de reconstruir y como formas sin sentido, a no ser que pudiera identificarlos por un único rasgo (algo que salta=canguro) solo pudo sentir satisfacción al tocar la estatua de un

gorila, este tacto iluminó su experiencia al punto que después pudo reconstruir esa figura, antes oscura y casi igual a otro humano, en un animal completamente diferente. Al ver la forma en que cuadraba su mundo táctil al tocar la estatua del gorila Sacks comprendió “cuán competente y autosuficiente había sido de ciego, de qué manera tan fácil y natural era este mundo con las manos” (106).

Virgil sufría continuamente de retrocesos, por ejemplo, al comer comenzó como una persona vidente y poco a poco terminó comiendo como un invidente. Era comprensible el cansancio, que podríamos incluso sufrir muchos de nosotros, pero otra cosa eran los periodos de borrosidad. La explicación sin duda no estaba en el órgano visual, tal vez estaba en el cerebro o en la psicología o en un cierre ante una excesiva estimulación. Sacks apunta que frente al no uso de una facultad la corteza visual queda subdesarrollada generando la duda de ¿qué pasa con ese despertar de esa parte del cerebro cuando se recupera el órgano visual? ¿hasta qué punto podía rehabilitarse o aprender a ver? ¿qué tan lejana era del aprendizaje de un bebé? Un adulto tiene un cerebro muy diferente al de un bebé y el experimentar el mundo funciona muy diferente incluso ante la misma situación, a saber: la necesidad de organizar la experiencia que se tiene ante sí y no sabe aún reconocer. El adulto tiene que desafiar su propia experiencia, su forma corporal de conocer y lo que había servido de cimiento para conducirse en el mundo. El mundo intermedio, ese limbo, en donde no se es completamente ciego ni vidente, daña la identidad del sujeto, lo agota y lo pone ante los dramas personales e interpersonales más complejos.

3. El ver era el purgatorio:

Existe una relación entre el yo perceptivo y la identidad personal. No es el mundo el que uno construye con sus sentidos, sino *su* propio mundo a partir de los deseos, la voluntad y las emociones. Posterior a la primera operación Amy quería presumir de Virgil, mostrar al público que reconocía al invidente Virgil ahora lo conocieran transformado. La emisora local habló de él e incluso la gente se le acercaba a estrecharle la mano (97). Virgil ante toda esta situación a veces se sentía diezmado, incluso ante el entrenamiento visual a veces sentía que todo sucedía al mismo tiempo; por ende, necesitaba salir y cerrar los ojos.

Podía en momentos de sobrecarga dejar de ver e incluso experimentar un tipo de ceguera psíquica. “Virgil quizá no había vivido una época de mayor tensión: acababan de operarle, acaba de casarse; el tranquilo discurrir de su vida de ciego y de soltero había quedado hecho trizas; estaba sometido a la tremenda presión de lo que se esperaba de él; y el hecho de ver era en sí mismo confuso, agotador” (109). La visita de la familia de Virgil para la boda marca un momento extremo de esta dificultad, ante la mirada escéptica de la familia la visión de Virgil *se toma unas vacaciones*. Virgil sufrió un menoscabo en su identidad y ante la percepción de su familia de que él era ciego se convirtió en completamente ciego. Su inestabilidad visual era afectada profundamente por la experiencia compartida por los otros.

Igualmente, el querer mostrar a la visión como el sentido superior y que en su falta hace un mundo pobre puede construir barreras profundas a los adultos que tienen un mundo funcional sin ésta. Para los que pueden tener la opción de una operación que recupere la visión puede implicar antropológicamente retos complejos de manejar, tanto que muchos podrían desear no haberse operado, pasando de la euforia inicial a la depresión. Como el paciente de Gregory que después de seis meses sentía que lo aportado por la operación era mucho menos de lo que esperaba y sus relaciones sociales se empobrecieron ahora que podía ver. El asumir ese *don* de la vista implica la eliminación de aquel mundo construido, socialmente adaptado, enteramente propio que el ciego había creado, pues su mundo, vocabulario e incluso su cuerpo era de todos los sentidos menos el visual. Por ejemplo, la incómoda relación con el propio cuerpo y su forma de percibir entre el si algo debe verse o puede tocarse.

Al regresar al trabajo nos encontramos con uno de los momentos más dramáticos para Virgil, esa profesión que le había dado todo un mundo de independencia y de la cual se sentía orgulloso se desmoronaba con la visión, no era cómodo e incluso le asustaba la percepción visual de las pieles de esos cuerpos conocidos por el tacto desde hace años. Virgil manifestó el temor de no poder usar el bastón (esa parte de su tacto que le ayudaba a concretar el mundo) o que las personas esperaran que condujera un auto o buscara un trabajo diferente. Sacks considera que los éxitos se daban con un coste psicológico y una escisión cada vez más profunda (113).

A pesar de estos momentos de estrés y escisión la navidad de ese año se representa como un episodio de felicidad: “ver había sido una gran decepción, pero ver su hogar y su familia fue pura dicha” (113). Su familia vio algunos de sus progresos y Virgil pudo

reencontrarse con esos lugares que guardaba con amor en su memoria. Empero, esta alegría no era para nada cercana a ese renacimiento de la personalidad que Amy anhelaba.

La catástrofe fue repentina: el 8 de febrero recibe Sacks la llamada de Amy, una neumonía puso a Virgil en cuidados intensivos y con la salud seriamente comprometida. Aunque parece que la enfermedad fuera de larga data (incluso al punto de pensar que las fluctuaciones visuales presentes desde el principio se podrían deber a tal enfermedad), el deterioro de salud y el aumento de peso durante el último año era contundente: Virgil había subido veinte kilos, ya fuera por la retención de líquidos o por el estrés. Cuando el oxígeno bajaba Virgil quedaba completamente ciego. Como resultado de esta nueva enfermedad y sus consecuencias en la salud, Virgil perdió el trabajo y la casa en donde vivía, “esta era la situación en verano: Virgil no sólo había perdido la salud, sino el trabajo y la casa” (115). Después de su grave enfermedad de nuevo sufría problemas fuertes de salud y no veía, incluso tenía momentos intermedios, incomprensibles para Amy, donde Virgil decía no ver, pero era capaz de reaccionar a ciertos estímulos visuales, una visión implícita, explicada por la actividad de los centros visuales de la subcorteza cerebral que le permite responder a ciertos estímulos, pero no alcanza la conciencia. Después de la crisis, los terapeutas sostenían que Virgil había perdido toda la visión, en un estado peor que el de antes de la cirugía, capaz sólo de reconocer algunos colores sin poderlos adjudicar a un objeto o forma.

Cuando se vuelven a encontrar con Sacks en febrero, un año después de la grave enfermedad, Sacks se arriesga a decir que “vi por mí mismo que todo había ido terriblemente mal” (116). En los exámenes no consiguió ver nada, aunque seguía existiendo el fenómeno de visión ciega. Para Amy esta nueva situación fue una calamidad, para Virgil “estas cosas pasan” (119). Virgil “Se encontró entre dos mundos, y en ninguno a gusto: un tormento del que no parecía haber escape posible. Pero entonces, paradójicamente, se le otorgó una liberación, en la forma de una segunda y ahora definitiva ceguera: una ceguera que recibió como un don” (119). Se le permitía no ver y estar a gusto en ese mundo de los otros sentidos en el que había habitado por más de cincuenta años.